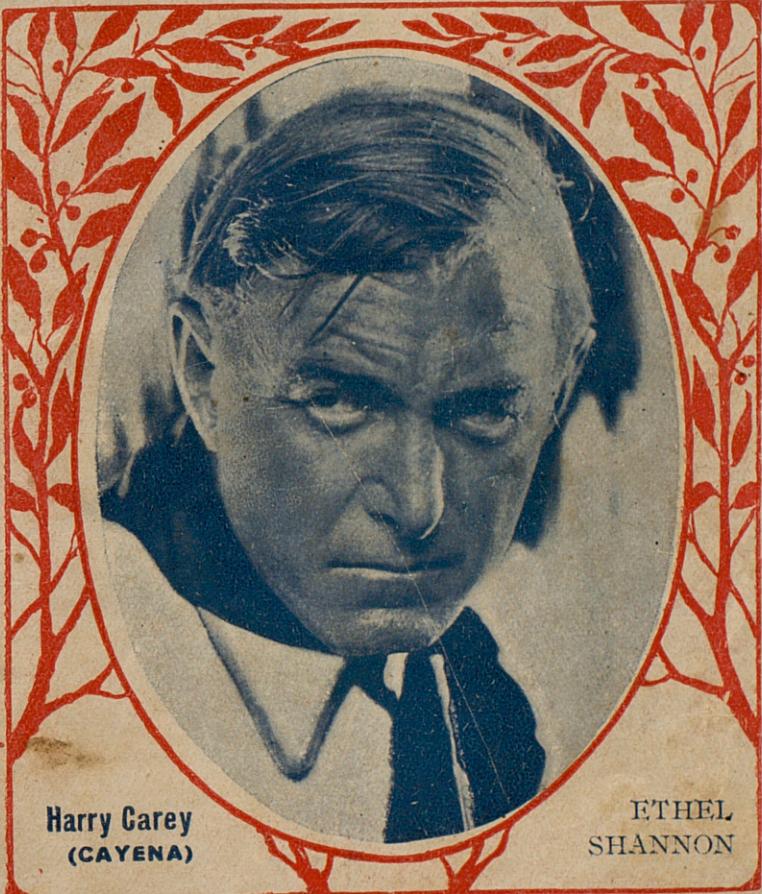


Biblioteca-Films

N.º 232 Las manzanas de Eva 25 CTS.



Harry Carey
(CAYENA)

ETHEL
SHANNON

BIBLIOTECA FILMS

"TÍTULO DE LA SUPREMACIA"

Redacción, Administración y Talleres:

Calle Valencia, 234 - Apartado 707

Centro de Reparto de Suscripciones: Barbará, 15

BARCELONA

AÑO V APARECE LOS MARTES

REVISADA POR LA PREVIA CENSURA

Nº 232

THE TEXAS TRAIL 1925

Las manzanas de Eva

Adaptación literaria de la película del
mismo título, interpretada por el intré-
pido cow-boy, héroe de mil leyendas

HARRY CAREY (Cayena)

Por MANUEL NIETO GALÁN

.....
EXCLUSIVA

L. GAUMONT

Paseo Gracia, 66 Barcelona

.....

REPARTO

Pedro Granger CAYENA
Eva Foster Ethel Shannon

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

*Glorifiquemos a la manzana
puesto que a ella le debemos la
vida. No habría humanidad sino
hubiera habido manzanas en el
Paraíso Terrenal. En esta his-
toria, como en la historia del
Mundo, las manzanas juegan
un importante papel.*

PRIMERA PARTE

Recorría el tren las tierras áridas del Wil-West, donde en otro tiempo lanzaban los indios sus gritos de guerra y caían como trombas sobre las carretas de los colonizadores.

En aquel tren, Eva Foster realizaba su primer viaje al Oeste, después de haberse empapado de literatura "cowboyesa", y en cada kilómetro del terreno que desfilaba ante sus ojos, la muchacha, alucinada por aquella lectura creía ver una novela de amor y de aventura.

En su afán de hablar con alguien de aquellas fantásticas hazañas de los caballerosos jinetes del Oeste, había abandonado su departamento y se había instalado en la case-

ta de uno de los guardafrenos del tren a quien le relataba todas aquellas aventuras que ella había leído. A medida que hablaba se iba entusiasmando de tal manera que con sus ademanes corría el peligro de caer del tren en el momento menos pensado. El guardafreno, sin prestarle la menor atención y ante el temor de que aquella mujer, que parecía algo tocada del "piso superior", cayera en una de las muchas curvas de la vía, le dijo secamente:

—¿Por qué no se va usted a su coche, señorita? ¡Acabarás usted por dejar la piel en una revuelta del camino!

—No se preocupe, amigo mío. Me quedo aquí hasta que oiga el grito de guerra de los pieles rojas.

—Pues me parece que tiene usted para largo. Aquellos tiempos pasaron y ahora los pieles rojas se han convertido en hombres tan civilizados como los demás.

El tren continuó su rápida marcha a través de la extensa llanura y algunas horas después, Eva Foster llegaba a su destino.

—¿De modo que esta es la estación de Warlop?—preguntó, al apearse, al jefe de la estación, que a la vez asumía el cargo de banquero y jefe de correo.

La elegancia con que iba vestida la joven hizo equivocarse al buen hombre, quien después de examinarla detenidamente, le contestó:

—Esta es, en efecto, la estación de Warlop. ¿Usted, sin duda, será la bailarina que viene al café del pueblo?

—Ni soy bailarina, ni pienso serlo en mi vida—contestó molestada Eva—. Soy la sobrina de Felipe Foster y vengo a visitar a mi tío.

—Eso ya es otra cosa, perdón que me haya equivocado; pero como aquí estamos tan poco acostumbrados a tratar con mujeres, por eso ha sido el preguntarle lo que era.

Verdaderamente era así. En aquella población el sexo débil escaseaba más de lo corriente y una de su más saliente representación era la señorita Mimí, si bien ésta había hecho pocas conquistas, puesto que se trataba de una diminuta perrita, que su dueño cuidaba con el mayor esmero.

Su amo y señor era Pedro Granger, un hombre cazurro y prudente, que ejercía en el rancho de Foster el cargo de capataz. El jefe de la estación, señalando hacia él, le dijo a Eva:

—Ahí tiene usted al capataz del rancho de su tío. Ha venido a recoger una cantidad de dinero y con él puede usted ir en la diligencia.

Entre tanto, en el rancho de Foster, situado a unos cuantos kilómetros del pueblo, ocurrían grandes acontecimientos.

En las cercanías vivía un tal Arturo Me-

rril, un sujeto de pocos escrúpulos, que poseía una hipoteca sobre la propiedad de Foster, y que esperaba, por poco dinero, obtener un rancho magnífico.

Aquel día se presentó con varios de sus hombres, para recordarle la deuda a su deudor, y le dijo:

—Los diez mil dólares, vencen mañana, Foster. Ya sabe usted que si no me los paga, me quedo con sus propiedades.

—Por esta vez le ahorraré ese trabajo, pues el Banco de la ciudad me ha prestado el dinero de la hipoteca.

No esperaba Merrill esta contestación y menos aún que Foster hubiera podido encontrar quien le prestase aquella cantidad y, por lo mismo, salió del rancho malhumorado y pensando en hallar algún medio que impidiera a Foster tener la cantidad para el plazo señalado.

Cuando se reunió con sus hombres le dijo al cabecilla de ellos:

—Acabo de saber que Pedro Granger atrasará dentro de unos minutos el Paso de Elké con el dinero de la hipoteca.

—¡Magnífico! Vamos a apoderarnos de ese dinero—exclamó el cabecilla.

—Si lo consigues, cuenta con que esta noche te recompensaré espléndidamente—le dijo Merrill.

El paso de Elké era un desfiladero por donde tenía que pasar precisamente la dili-

gencia. Bastaba que un par de hombres se apostasen a uno y otro lado del camino para poder sorprender a cualquier viajero de los que se dirigían al rancho de Foster.

Este sitio fué elegido por los bandidos, si bien eran más de dos los que se ocultaban entre las matas esperando que llegase la diligencia y con ella el dinero que se le enviaba a Foster.

De pronto el ruido de las ruedas del carro hizo que los salteadores contuviesen hasta la respiración y cuando el coche estuvo debajo de ellos saltaron sobre él empuñando las pistolas e intimidando a sus ocupantes.

Granger conducía el coche y como todos sus ocupantes, levantó las manos en alto, ante la amenaza de los bandidos y Eva, que no comprendía como un hombre del Oeste, uno de aquellos hombres arrojados, que ella había leído en las novelas se dejara intimidar por un puñado de hombres armados, le dijo:

—Pero, ¿por qué no lucha usted contra todos, como los antiguos héroes del Oeste?

Uno de los bandidos se la quedó mirando y le respondió cínicamente:

—Aquellos tiempos pasaron para no volver, señora.

Ante la ironía del salteador, Eva no pudo contener su rabia y le dijo a Pedro:



—¿Por qué no lucha usted contra todos?

—¿Va usted a consentir que un bandido me hable en ese tono?

—¿Qué quiere usted que le haga, señorita? Contra el cañón de una pistola no hay más remedio que callarse.

—¡Y yo que creía que el Oeste era el País donde los hombres son hombres de veras! — exclamó desilusionada la muchacha.

Terminado el saqueo de la diligencia, los bandidos volvieron a dejarla marchar y algunos momentos después Eva se presentaba de improviso en el rancho de su tío,

Antes que llegase ella había llegado Granger y le había comunicado a Foster el robo de que había sido objeto, diciéndole:

—Se ha llevado hasta el último dólar. Yo he hecho todo lo que he podido para evitarlo; pero ha sido imposible.

Foster conocía de sobra la honradez y el valor demostrado en más de una ocasión de su capataz y respondió, resignado ante la desgracia que se le venía encima:

—Creo que mañana me asestarán otro buen golpe... el golpe de gracia. Pero no le culpo, Pedro. Sé que usted hubiera defendido mi dinero si hubiese sido posible.

En el momento que hablaban los dos hombres se presentó Eva y Foster, sorprendido por la llegada de su sobrina, la abrazó diciéndole:

—¿Por qué no me avisaste que ibas a venir?

—Quería darte una sorpresa—respondió la muchacha; pero al ver allí a Pedro se le quedó mirando de tal forma que su tío no pudo menos que decirle:

—¿Es que has visto a Pedro antes de ahora?

—Sí; pero no estaba tan tranquilo como en este momento. Tenía las manos levantadas para que lo desvalijasen mejor.

Pedro se la quedó mirando, sin poder ocultar lo antipática que le era la presencia

de aquella mujer, y ésta continuó diciéndole en tono despectivo:

—¡Si yo fuera hombre, no consentiría que me robasen unos cuantos bandidos, y para postre insultasen a una señorita indefensa!

Foster terció entre su sobrina y el capataz y le dijo a aquélla, defendiendo a Granger:

—Te engañas, querida. Pedro es mi capataz y muchas veces ha demostrado su valor. Con el trato diario lo irás conociendo, y confío que llegaréis a ser buenos amigos.

—¿La señorita viene a quedarse aquí?—preguntó, por fin, Pedro.

—Desde luego, mi sobrina vivirá desde ahora conmigo—le contestó Foster.

—Entonces, desde ahora la señorita dirigirá el rancho, porque yo me largo.

Fueron inútiles todos los razonamientos del propietario. Pedro quería ser fiel hasta el último momento a su Mimi y no podía permitir que ningún otro ser del mismo sexo viniera a ocupar el sitio que por derecho propio le correspondía. Además, no podía negar que la tal señorita Eva era de lo más antipático que podía imaginarse.

SEGUNDA PARTE

Cuando las sombras de la noche se extendieron sobre el rancho, Pedro ya lo había abandonado y Eva, con el cerebro lleno de las fantásticas ideas que le habían sugerido la lectura de tantas historias "cowboyescas", salió a dar una vuelta por el campo para ver si se le presentaban los pieles rojas de que tanto hablaban los libros.

No vió ninguno de éstos; pero, en cambio, sorprendió una conversación que no podía serle más interesante.

Reunidos en uno de los establos del rancho varios hombres, cómplices de Merril y que se hacían pasar por trabajadores del rancho de Foster, hablaban de lo ocurrido aquella tarde y decían comentando el hecho:

—¡Ha sido un golpe estupendo! El dinero ya está en poder de Merril y enviará los diez mil dólares fuera del pueblo por el procedimiento de otras veces: dentro de una caja de manzanas secas.

Eva continuó escuchando todo lo que decían los bandidos y cuando se convenció de que lo más importante ya lo sabía, se presentó a su tío y le dijo:

—Tío, acabo de oír una conversación que nos da la pista para recobrar el dinero robado. Déjame unos cuantos de tus "cowboys", y yo te prometo traerte los diez mil dólares.

Lo que menos podía imaginar Foster es que su sobrina le hiciese tan, a su juicio, desaceitada petición y se negó a ello rotundamente diciéndole:

—Es imposible lo que tú pretendes. Yo no puedo dejarte recorrer los caminos tras una pista, ese es trabajo de policías y no de mujeres, Eva.

—Eso es lo que tú crees, tío. Pero yo te demostraré de lo que es capaz una mujer.

—Es inútil que insistas—se negó nuevamente Foster—. Tú no conoces a los hombres de aquí y te expones a un serio disgusto.

—Si todos son como ese Granger de que tanto me hablas, bien tranquila puedo estar de que no se le sublevará la sangre.

Tanto insistió la muchacha y tan tenaces fueron sus súplicas, que Foster eligió a los hombres que le eran más adictos y les recomendó a su sobrina, para que realizase su empeño.

Al día siguiente, Pedro Granger ponía en

un nuevo trabajo todos los sentidos de que disponía.

De capataz de rancho se había convertido en pintor de brocha gorda, y subido sobre una escalera, retocaba unas cuantas letras semi borradas por la acción del tiempo, en el único establecimiento que había en la ciudad.

Cuando más entusiasmado estaba haciendo aquellos garabatos, que él creía que eran letras y, entregándole al dueño del establecimiento una caja, le dijo:

—Envíe esto por el primer tren, Collander.

—¿Otra vez manzanas, Arturo?

—Sí, son para mi tío de Denver—repuso secamente Merril.

—¡Mucho le deben de gustar las manzanas secas a su tío!—exclamó irónicamente Callander— ¡Mire que no cansarse nunca!

Merril, sin prestar atención a las palabras del viejo, se quedó mirando a Granger, y exclamó burlándose de él:

—¡Ya decía yo que Granger tenía cara de pintamonas!

Este como si no hubiera oído las palabras de Merril, siguió trabajando tranquilamente; pero hizo un movimiento a propósito para que el tarro de pintura cayese sobre el bandido, que exclamó, dando un salto, y librándose milagrosamente del baño de pintura:

—Cuidado, amiguito, cuidado ¡Hasta aho-

ra no ha habido ningún guapo que se burle de Arturo Merril!

Pero a pesar de su fanfarronería, conocía demasiado a Granger para no rehuir ninguna discusión violenta con él, y viendo la forma, poco tranquilizadora, con que lo miraba, optó por marcharse, sin decir nada más.

Denver, lo vió ir y, fijándose en la caja de frutas secas que le había dejado, movió la cabeza en señal dubitativa, y exclamó:

—No sé por qué estas manzanas de Merril me huelen mal.

Al ir a recoger la caja que estaba colocada cerca de la escalera sobre la cual momentos antes había estado pintando Pedro, tropezó con ella y los tarros de pintura le cayeron sobre el envase de la fruta, haciéndole exclamar:

—¡Ahora sí que la hemos hecho buena! De ninguna manera puedo mandar esta caja así.

—No se apure—exclamó Pedro—. ¿No son igual todas las cajas?, pues cambia usted la etiqueta a otra y en paz.

—¡Ha tenido usted una buena idea, Pedro! De esa forma nadie dudará de que es la misma caja de Merril.

Hecho el cambio entró la caja al interior del establecimiento y cuando más descuidados estaban se presentaron varios enmascarados, apuntándoles con sus pistolas y, sin decir la menor palabra, entraron dentro de

la tienda, cogieron la caja de manzanas en la que Denver acababa de poner la etiqueta de Merril y salieron precipitadamente hacia el campo.

No habían hecho más que desaparecer hacia el campo los misteriosos ladrones, cuando se presentó nuevamente Merril y el dueño de la tienda le dijo:

—No sabe usted el espectáculo que se ha perdido! Han estado aquí unos ladrones y me hubiera gustado ver a todos ustedes con la mano en el aire. Lo más extraño del caso es que lo único que se han llevado ha sido la caja de manzanas que usted me entregó.

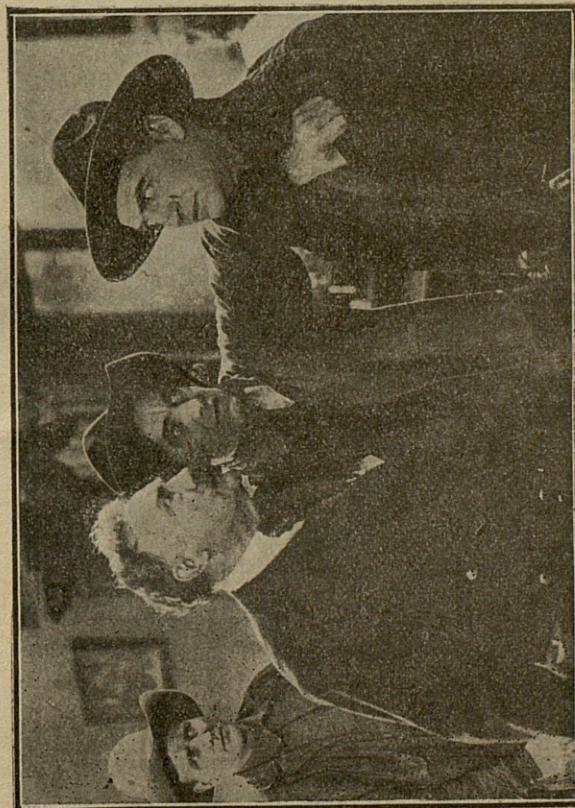
Merril, al oír lo que le decía Denver, se abalanzó sobre él y zarandeándole violentamente exclamó:

—¿Por qué los han dejado ustedes escapar?

—Porque no vale la pena, que por una caja de frutas secas expusiéramos nuestras vidas. Usted ha perdido su caja, yo le entrego otra igual y en paz.

—¡Eso no es posible! —volvió a exclamar el bandido—. Esas manzanas valían para mí tanto como si fuesen de oro. ¿Por qué lado se han marchado esos hombres?

Denver le señaló el lugar por donde habían huído y Merril, sin detenerse un instante más, salió en persecución de los fugitivos.



—Esas manzanas valían para mí tanto como si fuesen de oro!

Para el único que no había pasado desapercibida la verdadera personalidad del que parecía capitanejar a aquella cuadrilla de ladrones era para Pedro, que desde el primer golpe de vista adivinó en la frágil figura de éste a la sobrina de su antiguo amo.

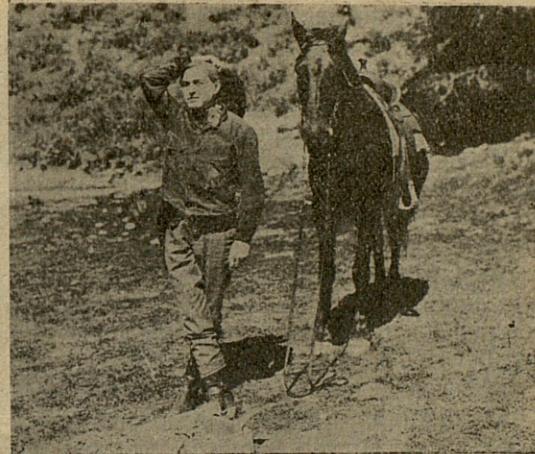
Sin saber qué fin perseguía, pero con el único deseo de ponerse de parte de la muchacha, Pedro tomó su caballo y salió hacia el campo, con la seguridad de que su intervención sería beneficiosa para Eva.

Antes de marcharse cogió a Mimí y le dijo, como si el animal pudiese comprender sus palabras:

—Tú te quedas aquí en el establecimiento. Yo voy a ver si puedo coger por las orejas a ese bandido diminuto.

No se había equivocado Granger al sospechar de que aquel enmascarado era la sobrina de Foster. Así era, en efecto. Eva, guiada por la conversación que había sorprendido a los cómplices de Merril, se había presentado con varios hombres del rancho y se había apoderado de la caja de manzanas, donde creía encontrar el dinero, que le había sido robado a su tío. Pero el cambio de etiqueta desbarató los planes de la intrépida muchacha y cuando ésta abrió la caja y vió que solamente contenía frutas secas, exclamó, desilusionada:

—¡Nos hemos equivocado, muchachos! Aquí no hay ni sombra de dinero!



Salió hacia el campo, con la seguridad de que su intervención sería beneficiosa para Eva.

Antes que los bandidos pudieran dar con Eva y sus hombres, apareció Pedro y le dijo Merril:

—¿Dónde va usted por aquí?

—Desde hace unos momentos me he convertido en una especie de policía montada y vengo también persiguiendo a esos ladrones, porque estoy convencido de que eran los mismos que me quitaron el dinero de Foster. Sé que el dinero no lo recuperaré, ni me im-

porta, pero quiero darles una buena paliza por el mal rato que me hicieron pasar.

Pedro, con su cazurrería, expresaba tal sinceridad en sus palabras, que Arturo no dudó de ellas y le dijo:

—Granger, siento que durante algún tiempo hayamos sido enemigos; pero si usted quiere, desde ahora podemos ser buenos camaradas y ayudarnos en esta ocasión para prender a esos ladrones.

No tardaron mucho tiempo en encontrar a la cuadrilla que mandaba Eva, quienes, al ver que los perseguían, huyeron como alma que lleva el demonio.

Cada uno de los hombres de Merril siguió a uno distinto y Pedro se puso en persecución de Eva. Quería a todo trance darle una buena lección a aquella muchacha para demostrarle que hay ciertas cosas que solamente a los hombres les corresponde intervenir en ellas.

Eva castigaba, sin piedad, el caballo que montaba, pero el brioso corcel de Pedro le iba ganando terreno, cada vez más, hasta que estuvo cerca de ella y le dijo, sin tratar de quitarle el pañuelo con que se tapaba la cara.

—¡Por fin te he cogido, bribón! ¡Ahora vas a pagar cara tu osadía!

Eva, cuando vió que su perseguidor era precisamente el antiguo capataz de su tío, tuvo la seguridad de que nada malo le ocu-



—¡Por fin te he cogido, bribón!

rriría. No obstante, le preguntó, sin querer darse a conocer:

—¿Quién es usted y por qué me persigue?

—Ahora resulta que no me conoces, después de haberme tenido más de media hora con las manos en alto? Sin duda no suponías que tan pronto ibas a morir ahorcado, ¿verdad?

Eva, al oír aquella amenaza, creyó que sólo se trataba simplemente de una broma, pero cuando vió que Granger se quitaba el lazo y lo preparaba, preguntó asustada:

—¡Pe... pero usted hablará en broma?... Supongo que no intentará usted de veras ahorcarme?

—Eres un bandido y como a tal hay que tratarte—respondió tranquilamente Pedro, echándole la cuerda sobre el cuello.

La muchacha, al ver que la cosa iba de veras, se arrancó el pañuelo de la cara y exclamó:

—¡Basta!... ¡Por favor, basta!... ¡No me reconoce usted?

—¡Caramba, señorita Foster!—dijo a su vez Granger—. ¿Quién iba a suponer que venía usted al Oeste para convertirse en bandido?

—Yo puedo hacer lo que quiera, sin necesidad de darle a usted explicaciones de ninguna clase!—contestó irritada la joven, ante la impotencia en que se veía delante de aquel

hombre. Pero éste sin perder su calma le volvió a decir:

—Lo mejor que debe usted hacer es decirme por qué robó usted la caja de manzanas.

—Eso no es de su incumbencia.

—Se equivoca, señorita Foster. Yo podría ser su auxiliar.

La muchacha, a quien empezaba a serle simpático el antiguo capataz, meditó un momento y, al fin, contestó:

—Es posible que acepte su ayuda. Esta noche nos veremos en el rancho y hablaremos sobre el particular.

Y hechos ya dos buenos amigos, los que se habían creído enemigos irreconciliables, se estrecharon la mano, esperando que llegase la hora señalada, para tener la entrevista que debía celebrarse.

Nuestros "Ases" en Norteamérica

Hacia el Campeonato Mundial

Combates, impresiones y anécdotas
de los célebres púgiles españoles

PAULINO UZCUDUN

HILARIO MARTINEZ

PRECIO
30 cts.

Pedidos a
Biblioteca Films - Apartado 707, Barcelona

TERCERA PARTE

En las primeras horas de la noche, Pedro no se apartó del rancho de Foster, y cuando llegó la hora señalada por Eva se acercó al lugar de la cita.

—Puede usted empezar a explicarme los móviles que la impulsaron al robo. Soy todo oídos—le dijo Pedro, cuando estuvo al lado de Eva.

—Es muy sencillo—repuso ésta—. He robado aquella caja porque creía que el dinero del tío Felipe estaba dentro.

—¿Y lo encontró usted?—le preguntó Granger.

—No. Allí no había más que frutas secas.

—Es que hubo un cambio de cajas, que usted, naturalmente, ignoraba. Voy ahora mismo a buscar la caja verdadera; en ella estará el dinero indudablemente.

Eva tuvo un momento de desconfianza y le dijo:

Le advierto a usted que si dentro de veinte



—Le advierto a usted que si dentro de veinte minutos no está de vuelta yo misma.

minutos no está de vuelta, yo misma iré a buscarla.

—Pírdea cuidado que la caja estará en su poder antes del tiempo señalado—le dijo Pedro, separándose de ella.

Mientras tanto, en la tienda de Denver ocurrían cosas bastante extrañas. Cuando más tranquilo estaba su dueño, oyó ruidos en

el establecimiento y entró para ver quiénes eran. Lo primero que creyó es que se trataba de Granger que había vuelto a dormir, pero cuando vió que toda la mercancía estaba tirada por el suelo, no dudó de que se trataba de ladrones que habían entrado con el propósito de robarle.

Los bandidos al verle huyeron inmediatamente, pero no tan deprisa que Denver no pudiera ver que uno de ellos llevaba la misma ropa que Arturo Merril. Por si esto era poco, encontró, además, una espuela que reconoció en seguida como la de Merril y ya tuvo la seguridad de que se trataba de éste.

Aquel incidente, con el que no contaba Pedro, impidió que éste realizara su propósito de apoderarse de la caja y Eva, en vista de que no volvía, resolvió ir ella misma a la tienda.

Entró dentro y cuando más confiada estaba buscando la caja de manzanas se vió sujetada por atrás a la vez que Denver gritaba:

—¡Ya tengo un bandido! ¡Ayúdenme, amigos!

Pronto se formó un corro de curiosos entre los que se encontraba el "sheriff" y al ver que se trataba de una muchacha, exclamó sorprendido:

—¿Desde cuando las señoritas se meten a bandoleros?

—Yo no tengo nada que ver con que sea

una mujer—exclamó Denver—. Ha intentado robarme y debe ir a la cárcel.

Indudablemente Denver tenía razón y el "sheriff" no tuvo más remedio que decirle:

—Señorita, lo siento mucho, pero no tengo más remedio que detenerla.

Merril, que había llegado en aquel momento, al oír las palabras del "sheriff", se adelantó hacia Eva y le dijo:

—Vamos, señorita. Yo la acompañó a la cárcel y por el camino podremos hablar de mis manzanas.

Pedro Granger, comprendió las intenciones del bandido y para salvar a la joven del compromiso en que se hallaba de dijo al "sheriff":

—Como un ciudadano que soy de Warlop, pido que solamente la autoridad o uno de sus agentes se encargue de encarcelar a esa muchacha.

Arturo Merril no insistió; comprendió que en aquella ocasión todos se pondrían en contra y esperó tranquilamente a que pasaran algunas horas para presentarse al carcelero y decirle:

—Déjame entrar donde está la muchacha que han traído y te recompensaré bien.

—No, ahí no entra nadie, Merril—repuso el guardián—. Eso sería faltar al Reglamento y a la ley.

Pero el oro es poderosa llave que abre las

puertas más seguras y también abrió la de la prisión de Eva.

Cuando Arturo se encontró dentro, le dijo a la prisionera:

—¿Puedo saber, por qué ha robado usted mis manzanas?

—Es inútil de que me pregunte nada, porque no se lo diré—repuso Eva.

—No sea usted niña y piense que tengo influencia bastante para sacarla de aquí en cuanto se me antoje.

—Me importa poco lo que usted pueda o no hacer. Lo único que le suplico es que se vaya cuanto antes.

El acaloramiento de Eva hacía resaltar más los hermosos colores de su rostro y Arturo, que hasta entonces no había caído en la belleza de la muchacha sintió un infernal deseo y se acercó más a ella diciéndole:

—¿Sabes que te pones muy bonita cuando te incomodas?

Intentaba abrazarla y cuando Eva creyó que todo estaba perdido vió que por la ventana de la cárcel, puesta a la altura natural de un hombre Granger le hacía señas para que llevara hacia allí a Merril.

Con una astucia propia de mujer, Eva corrió hacia el lado que le indicaba Pedro, y cuando éste tuvo al alcance de su mano a Merril, que no le había visto, metió el brazo por entre los barrotes de la ventana y lo su-

jetó fuertemente por el cuello, a la vez que le decía a Eva.

—Quítelle usted la llave y salga inmediatamente. El carcelero está durmiendo para largo rato. Le he dado un narcótico con los puños y creo que tardará en despertarse.

Con la precipitación que requería la difícil situación en que se encontraban salieron de la población y ya en el campo, Granger le explicó lo que había sucedido, diciéndole:

—La entrada de aquellos ladrones me impidió el poderme llevar la caja, pero, no obstante, ésta está ya en el rancho y el dinero en poder de su tío.

No haga el ridículo en sociedad
¿Quiere usted aprender a bailar?

Adquiera hoy mismo nuestros métodos prácticos y sencillos de

Charleston y Black Bottom

25 céntimos cada método

Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona

Rogamos nos remitan cinco céntimos para el certificado.

CUARTA PARTE

Al día siguiente, Foster se presentó al "sheriff" de Warlop y le dijo:

—Vengo a denunciarle a Arturo Merril como al ladrón que me robó el dinero que me enviaron del Banco.

—¡Está usted seguro de lo que dice!— exclamó el "sheriff".

—Seguro. Antes de ayer, Merril trajo una caja de manzanas secas y dentro de ella mi sobrina ha encontrado todo el dinero que me fué robado.

—Entonces por eso vino aquella noche a robar a mi tienda, para que yo le tuviese que dar la cantidad que le faltaba — exclamó Denver.

—¿También usted le acusa de ladrón?— preguntó el "sheriff".

—También y, además, tengo pruebas de que era él el que entró en mi establecimiento.

Tengo su espuela, que recogí en el lugar del robo.

Aquellas pruebas eran más que suficientes para que Arturo Merril fuera condenado por la justicia en cuyas manos no tardó en caer, ajeno como estaba a que se le perseguía.

Pasaron las semanas, los meses, y cuando la Primavera sonrió sobre los campos, Pedro que había vuelto a ocupar el cargo de capataz en el rancho de Foster, y que se había convertido en el compañero inseparable de Eva, le dijo una mañana, mientras paseaban por el campo.

—¿Quién iba a decir que íbamos a ser tan buenos amigos, el día que nos vimos por primera vez?

—¿Nada más que amigos?—preguntó Eva maliciosamente—. Yo creí que era algo más para usted.

—Bien sabe usted que es así—respondió Pedro comprendiendo la intención de la mu-

chacha y durante unos momentos permanecieron abrazados...

El rancho de Foster tendría dentro de poco un nuevo dueño, sería éste Pedro Granger, que de capataz se había convertido en sobrino y heredero del dueño.

F I N

PROXIMO NUMERO

Por la fuerza de los puños

Divertida comedia en la que se reflejan las casi ya extinguidas costumbres del Far-West, por el célebre trío

Tom Tyler, Chispita y "Vivales"

ACABAN DE PONERSE A LA VENTA

*Verdadera interpre-
tación de los sueños*

Amena e interesantísima publicación,
por el Doctor en Filosofía y Letras

Fernando G. Mantilla

Precio popular: 25 CENTIMOS

*Nuevo Reglamento
de Foot-Ball - 1928*

Manual Práctico del Aficionado

Redactado y comentado por el crítico

A. López-Marqués, Derby

Precio popular: 30 CENTIMOS

Pídalos hoy mismo remitiendo su importe en sellos de correo
y cinco céntimos para el certificado correspondiente, a

Biblioteca Films - Apartado 707, Barcelona

Las Grandes Novelas de la Pantalla

La primera novela cinematográfica

TOMOS A 2 PESETAS

Las dos niñas de París	Sandra y Biscot
Judex	René Cresté
La nueva misión de Judex	René Cresté
La huerranita	Sandra y Biscot
Barrabás	Biscot y B. Montel
La coqueta irresistible	Constance Talmadge
Parisette	Sandra y Biscot
Por la puerta de servicio	Mary Pickford
La amordazada	
Pimentilla	Dorothy Gish
El hijo del pirata	S. Gerard y Sandra
El Capitán Kid	Eddie Polo
Los parias del amor	Von Stroheim
Esposas frívolas	Mya May
La dueña del mundo	R. Carl y B. Montel
La tragedia del correo de Lyon	Wallace Beery
Ricardo Corazón de León	R. Poyen "Minutillo"
El huérfano de París	Mary Pickford
Dorotea Vernon	

TOMOS A 1'50 PESETAS

El signo del Zorro	Douglas Fairbanks
El hijo de la parroquia	Jackie Coogan
El milagro	Tomás Meighan.
El ladrón de Bagdad,	Douglas Fairbanks
Don Q. hijo del Zorro	Douglas Fairbanks
La pequeña Anita	Mary Pickford
La quimera del oro	Charles Chaplin
El niño de las monjas	Mercedes Astolfi
El Aguila Negra	Rodolfo Valentino
El pirata negro	Douglas Fairbanks
El sol de media noche	Laura La Plante
¡Mi hijo antes que nadie!	Germaine Rouer.
Resurrección	Rod La Roque.
Jaque a la Reina	Mrs. y Mme. Dullin
El Gaúcho	Douglas Fairbanks
La Cabaña del tío Tom	James B. Lowe

ENVIAMOS CATALOGOS GRATIS DE

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis

Biblioteca Films - Apartado núm. 707 - Barcelona

Los grandes éxitos de BIBLIOTECA FILMS

Las Grandes Novelas de la Pantalla

1·50 ptas. tomo

- | | |
|-------------------------|----------------|
| RESURRECCION | Rod la Roque |
| JAQUE A LA REINA | Charles Dullin |
| EL GAUCHO | D. Fairbanks |
| LA CABANÁ DEL TIO TOM.. | James B. Lowe |

Selección de Biblioteca Films

50 cts. novela

- | | |
|--------------------------|---------------|
| BEN-HUR | Ramón Novarro |
| LA PEQUEÑA VENDEDORA . | Mary Pickford |
| D. QUIJOTE DE LA MANCHA. | C. Schonstrom |
| EL CIRCO | Charlot |
| NAPOLEON | A. Dieudonné |
| EL ESPEJO DE LA DICHA... | Lily Damita |

Selección de Films de Amor

50 cts. novela

- | | |
|------------------------|----------------|
| EL CUARTO MANDAMIENTO. | Mary Carr |
| ODETTE..... | F. Bertini |
| TITANIC | George O'Brien |
| FLOR DEL DESIERTO..... | Ronald Colman |

LAS MIL Y UNA NOCHES *(LOS CUENTOS ETERNOS)*

30 cts. cuaderno

Pedidos a BIBLIOTECA FILMS-Apdo. 707, Barcelona